

UN VOTO CONTRA EL «SISTEMA»

POR LAVID E., PDEO (1)

Introducción

Las luchas contra el «sistema», enarbolando el eslogan «fuera sistema» (*système dégage*^{2!}), han estado recientemente en el centro de las exigencias de los pueblos y naciones del planeta, tanto por África magrebí (Marruecos, Argelia, Túnez) como por África negra (Níger, Burkina Faso, Malí, Madagascar), e inclusive por Oriente (Nepal, Bangladesh). Si la definición del término «sistema» no siempre ha sido explícita o perfectamente consciente por parte de sus protagonistas, en cambio sus blancos de ataque sí lo han sido, por las calles y en las ánforas (o haciendo abstracción de estas), a veces solo indeliberada o intuitivamente, pero por lo general con bastante claridad.

Si quisiéramos resumirlos diríamos que han apuntado directamente a la extendida e impune corrupción, así como a la represión y el fraude político dentro de sus Estados respectivos. Lo mismo se podría afirmar de las vejaciones y ultrajes sufridos por las mayorías, así como la miseria y el abandono de los pueblos, paralelos a las rampantes desigualdades, al escandaloso enriquecimiento y los privilegios de las clases dominantes. Al frente de esas



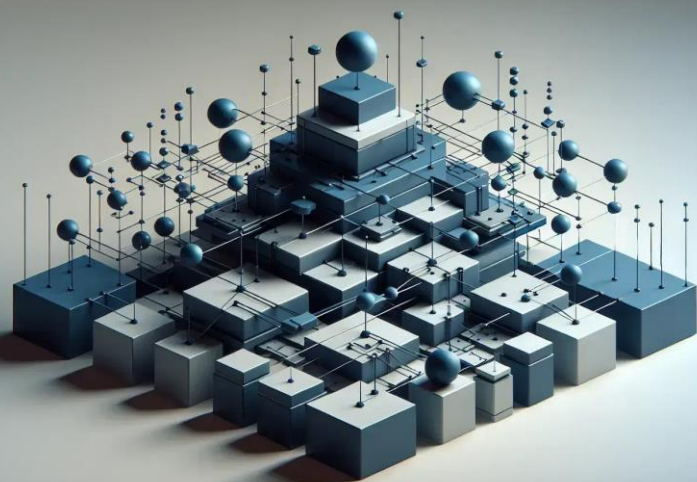
luchas se han emplazado los jóvenes de las nuevas generaciones, experimentando nuevas formas de lucha —no siempre empero alertas e indemnes respecto a la manipulación política y politiquera— pero también las mujeres, los trabajadores urbanos y rurales, los pueblos y minorías nacionales, segregados y marginados, etc., reivindicando por sus derechos y aspiraciones.

Clamando por la unidad popular y la soberanía, aquellos insurrectos y disidentes se han alzado contra las arbitrarias «reformas» antidemocráticas —y sin embargo perfectamente «constitucionales»— perpetradas por los gobiernos

de turno. También contra las leyes a favor de la delincuencia organizada y los partidos políticos corruptos y mafiosos, denunciando simultáneamente el abandono de los intereses generales (al favorecer a las multinacionales foráneas). Han desafiado la arrogancia e impunidad de las instancias estatales impostoras e ilegales, enfrentando a las milicias patronales, policiales y paramilitares criminales, rechazando la proterva legislación contra las mujeres, la adolescencia y la niñez, etc. Si las protestas y manifestaciones populares han sido visibles por plazas y calles, también han participado en ellas numerosas fuerzas intelectuales y artísticas, inclusive deportivas, con sus

(1) Historiador y economista, residente en Francia. Muchas gracias a los amigos y colegas que tuvieron a bien criticar y comentar versiones anteriores de este texto. No obstante y como siempre, la responsabilidad de los errores y déficits que se pudieran detectar deben de ser naturalmente imputados exclusivamente a su autor.

2 También podrían convenir como traducción «sal de ahí, sistema» o «zafa de ahí, sistema» o «quitate de en medio sistema».



propios mecanismos y medios, sumándose a la condena abierta contra dicho «sistema».

Nuestro «sistema» y sus dos componentes

Evidentemente podríamos preguntarnos: ¿tendrá algo que ver o será de alguna actualidad para nosotros, en vísperas de elecciones generales, aquel ejemplo de lucha situado a miles de kilómetros de distancia? No es improbable que así sea, si también logramos identificar un «sistema», con similares rasgos, en nuestras propias latitudes. Mirándolo bien, semejante «sistema» en el entorno que conocemos estaría constituido por dos componentes esenciales. Por un lado, la articulación de los grupos y clanes, sociales y familiares, que controlan y aprovechan el poder financiero, productivo, militar, policial e institucional, a lo largo de los territorios del espacio peruano, ya fuesen criollos, mestizos o «serranos», dentro de su peculiar imbricación de intereses, contra los pueblos y naciones

usual, la presencia de dichos clanes y grupos no es siempre visible ni detectable.

Pero también integrarían nuestro «sistema», psecularmente excluidos. Sin olvidar de incluir en ellos a esa especial amalgama que se ha venido configurando paulatinamente, a saber: el conjunto de las pandillas y mafias «informales», mineras, contrabandistas, prestamistas, usureras, extorsivas, narcotraficantes y clandestinas, en su carrera por hacerse con el control definitivo de cada vez más amplios segmentos del denominado sector formal o legal de la economía. Al ser el solapamiento su estrategia or otro lado, aquellas facciones de poder más directamente observables. Es decir las catervas y estratos de bribones y delincuentes que han logrado acaparar los «poderes del Estado», en sus ramas legislativa, judicial, electoral o ejecutiva, en complicidad tanto con los medios de prensa y las llamadas «redes sociales», como con las bandas y gavillas de sicarios y hampones callejeros, nativos y foráneos,

que chantajejan, asaltan y asesinan a pobladores urbanos y rurales y a sus familias. Su presencia y acciones no solo forman parte del «folklor nacional» con que nos alimenta y «divierte» la prensa y la televisión domésticas, intentando habituarnos a todo tipo de violencias —no exclusivamente físicas. Son también los testimonios de la terrible degradación moral, mental y espiritual que nos asola desde hace años, inmersos en un politiquero coliseo gansteril —aunque no todos nos hagamos a ello— compuesto de grupos y partidos, pero también de todo un personal público de colaboradores, publicistas y allegados, que se venden o alquilan al mejor postor.

En realidad, la pétreo amalgama de esos dos segmentos constitutivos del poder, que acabamos de señalar y cuya constitución histórica ya es un hecho de mediano y largo plazo, ha hecho que sea el conjunto de la institución estatal —y su mantenimiento y renovación— la que se haya vuelto poco a poco, de un tiempo a esta parte, el enemigo visible inmediato para las mayorías territoriales que padecen su administración cotidiana³. Porque, digámoslo con toda claridad: en el espacio peruano actual, sus habitantes sufren directamente, en carne propia (no solo en sentido figurado), la desenfundada vigencia del Estado realmente existente.

Algo que sin embargo no debería de impedir que identificáramos con toda lucidez y nitidez a sus

³ Ver, entre otros, LAVID E., (2025) «Propiedad, comunidad, indigenismo y nación», <https://lapacarinadelsur.com/propiedad-comunidad-indigenismo-y-nacion/>. Véase, asimismo, <https://grupoporelsocialismo.com/wp-content/uploads/2025/10/Pag.-68.-Mariategui-Cien-anos-despues.pdf>, y <https://grupoporelsocialismo.com/wp-content/uploads/2025/12/Pag.-37.-Mariategui-Cien-anos-despues-%E2%80%939311.pdf>

protagonistas por cuenta propia —esto es, a los que toman las principales decisiones, aquellas que todos acatan—, en el seno de las economías y las sociedades de las regiones y localidades, independientemente del color de la piel de sus dirigentes o sus elementos culturales diferenciales. Para decirlo asimismo con todas sus palabras: si puede haber un «sistema» general, también hay que precisar que existen «sistemas» locales que se encajan más o menos perfectamente en él; el primero los envuelve y engloba a todos y les imprime una integral coherencia, opuesta a los intereses populares mayoritarios.

El «sistema» y su «oferta electoral»

Por esa razón, sea cual sea dentro de algunos días el resultado de las elecciones políticas generales, ya anticipadamente desacreditadas y desvirtuadas, con una plétora de candidatos de naturaleza clientelista y mercantilista, de impostores y testaferreros (con contadísimas excepciones individuales), el «sistema» se apresta no solo a permanecer incólume sino que buscará inclusive reclamar una renovada legitimidad y perseguirá naturalmente su consolidación y aceptación. En realidad, es a eso a lo que aspiran, de manera más o menos asumida, la casi cuarentena de listas que han florecido por el fango y la ciénaga de las gárgolas políticas y electorales del Estado realmente existente. Es lo que ya existía con anterioridad pero



que se ha perfeccionado, por así decirlo, desde los años 1990, gracias al régimen «fujimontesinista», plasmado y encaramado en la constitución de 1993. Contando para ello con un personal político al que caracteriza su mayor o menor vocación de integración (o de mantenimiento) en el seno del descrito «sistema», detrás de su verborrea y generalmente confuso discurso. Es lo que en el lenguaje del neoliberalismo ideológico se ha dado en llamar la «oferta electoral», al haber transformado el ejercicio del sufragio universal en una operación mercantil como cualquier otra —con vendedores, compradores, usuarios y «consumidores»—, desvirtuando su naturaleza de conquista de los pueblos y naciones del planeta⁴.

Así, aunque siempre haya la posibilidad de sorpresas en el seno de la anómica e invertebrada configuración espacial y territorial peruana,

vigente desde hace varias décadas, dentro de ese personal político podemos distinguir —es la característica recurrente de los procesos electorales bajo el neoliberalismo— a sus activistas, por llamarlos de esa manera, «habituales», pero también a aquellos que buscan encarnar sus «mutaciones» aparentes, para no obstante continuar siendo lo mismo. Es decir que allí tenemos, de un lado, a aquellos que desean proseguir medrando en el seno de las instituciones y eternizarse en ellas, en defensa de sus propios intereses y los de sus comitentes más o menos ocultos, hasta, de otro lado, a los que pretextando combatir las instituciones «desde adentro», se han incorporado al elenco de los buscones consuetudinarios, como pícaros trepadores de curules, puestos y empleos, con sueldos más o menos estables (alejados así de la precariedad oenegera), o a

⁴ Algo contra lo cual, vale la pena subrayarlo, los electores portugueses, franceses e italianos, han hecho uso recientemente del sufragio universal, en elecciones distintas, para afirmar empero con claridad, dentro de sus matices, su oposición al avance neofascista, a sus protagonistas y cómplices.



los infaltables aficionados de jugosas consultorías o asesorías renovables —y hasta de carteras ministeriales.

Con un barato anzuelo, a saber: unos planes o programas de gobierno y administración de la «cosa pública» como una cosa nostra, à la manera de guías de acción, más o menos elaboradas gracias a la Inteligencia Artificial —artificio de fake news, según sus propios inspiradores— u otros medios similares, como supuesta solución a su natural lejanía e ignorancia de las realidades y aspiraciones de los pueblos y naciones del espacio peruano. Lo que se traduce con bastante claridad en la mediocridad y nimiedad de unos debates electorales previos, en los que los candidatos prometen y anuncian medidas y leyes, no para responder a las aspiraciones y esperanzas populares sino para satisfacer a segmentos de un mercado o a «clientelas objetivo» —como en una operación de marketing—, a los que se cree haber detectado.

Ante la indiferencia que despiertan los próximos comicios electivos, pese a la intensiva propaganda de sus candidatos —algo que no han dejado de reflejar los sondeos y encuestas adelantados—, la institucionalidad en su conjunto (no solamente desde las esferas estatales) agita y apunta el fantasma de la falta de civismo o el desgano por «defender la democracia», o la patriotería y chantajista culpabilidad de no tener «amor por el Perú», en dirección de los electores ciudadanos. Porque, claro está, ya ni la obligatoriedad del voto ni las sanciones materiales a las que se arriesgan los que desafían dichos dictados, logran arrancar las mayorías de su forjada y consciente convicción de que el «circo electoral» no las concierne casi en nada, en su lucha cotidiana por la subsistencia y la vida, abandonadas a su suerte y desprovistas de todo apoyo elemental, inclusive frente a los desastres naturales, las pandemias o las inclemencias climáticas. La desesperanza se ha instalado y puede tener efectos catastróficos.

En realidad, el temor de las empresas de opinión (generalmente de manipulación y desinformación) y las agencias

estatales de promoción electoral, al servicio de sus comanditarios de turno, es que las maniobras del poder vigente para prolongarse y reforzarse, perpetuándose en la institucionalidad, no logren involucrar, es decir comprometer mediante su participación, a las mayorías electorales populares. No porque les haga falta a tales agencias y empresas el conocer el estado de la situación o las expectativas mayoritarias (son en realidad, sus menores e ínfimas preocupaciones) o porque les interese singular y súbitamente la legitimidad o representatividad estatales. Es sobre todo porque desconfían de dicha ciudadanía, de su toma de consciencia y su eventual búsqueda de soluciones radicales (las propias), configurando nuevas alternativas, frente a los desafíos de la supervivencia en su propio país. En los hechos, temen que salgan de nuevo los ciudadanos de los territorios peruanos, por plazas, calles y campos como, por ejemplo, durante el largo verano de 2023, para dar su propia visión y versión del système d'égage⁵.

Epílogo: las alternativas posibles del sufragio universal

Desde hace varios procesos electorales, como el que avecina, a los pueblos y naciones del espacio peruano no les ha quedado otra alternativa que la de buscar, casi en la hora undécima, a un candidato «estandarte» o simbólico (el más inesperado o el «menos malo»), para expresar su mayor o menor

⁵ Véase, entre otros, LAVID E., PdeO, (2023), «Los mensajes de los rebeldes», *Conversaciones sobre historia*, <https://conversacionsobrehistoria.info/2023/03/18/peru-los-mensajes-de-los-rebeldes/>

rechazo al proceso y sus candidatos, dentro de una república criolla exhausta. La misma que solo apunta a relegitimarse y renovar su dominio y hegemonía, para que nada cambie y que se prolongue su modo de acumulación extractivista, antipopular, depredador y «coimero», paralelo a la arrogancia de su práctica política. Para no ir muy lejos — aunque podríamos hacerlo —, fue lo que ocurrió claramente en 2021 (año del bicentenario de la independencia), al optar el electorado por un candidato de refugio y sus acompañantes políticos, generando luego una terrible decepción, con secuelas duraderas, como podemos constatarlo hoy en día. Ante tal situación, quizá se pueda y se deba esta vez escoger resuelta y directamente, desde el inicio, la alternativa de deslegitimar la nefasta institucionalidad vigente, la del proceso electoral y la de sus «vencedores» finales. Porque tampoco se trata, insistamos en eso, de abandonar el terreno de la decisión ni sumirse en un silencioso, aislado e individual rechazo de indiferencia o de ignorancia de las maniobras en curso.

Por ello corresponde recordar, con absoluta claridad, que ninguna participación electoral es per se obligatoria, ni por naturaleza intrínseca, ni política ni moralmente hablando. No por el hecho de que no se participe en comicios generales, manipulados y estructuralmente fraudulentos (como los presentes), se está desconociendo la validez del sufragio universal, histórica

conquista, social y nacional, para las ciudadanas y ciudadanos del planeta. En realidad, hay una forma superior de protesta y manifestación del descontento, cuando se rechaza ser cómplice de dolos y embustes anticipados; lo que por el contrario enaltece aún más la comprensión del valor histórico del sufragio universal para la humanidad y pone de relieve el rechazo a las mafias que lo deshonoran y denigran. Además de que, matemáticamente hablando — luego de haberlo reflexionado políticamente —, la ausencia de voto, es decir la abstención electoral, disminuye en los hechos simultáneamente la legitimidad y la representatividad del proceso electoral y las del vencedor, en el cuadro de unos comicios espurios propuestos por el «sistema».

Ahora bien, también para los que deseen de todas maneras participar en el proceso electoral e ir a votar, por

razones personales o inclusive morales o ideológicas — por ejemplo, poniendo por delante el recuerdo y ejemplo de todos aquellos que lucharon y hasta dieron su vida por obtener, mantener y ampliar el derecho de voto para los pueblos y las naciones —, existe la alternativa del voto blanco, nulo o viciado, para dar a conocer su rechazo ante las alternativas propuestas. Expresando con firmeza, por dicho medio, que ninguna de ellas corresponde a la defensa de sus aspiraciones y derechos elementales. Porque vale la pena recordarlo asimismo: también matemáticamente hablando — luego de haberlo asumido políticamente —, todo voto viciado, blanco o nulo sigue siendo un voto que disminuye la magnitud de la victoria del vencedor. Es también una manera de votar contra el «sistema» vigente, prosiguiendo su resuelta lucha contra el mismo y contra las maniobras electoreras perpetradas. Es una forma de utilizar el sufragio universal, de cara al presente y al futuro.



<https://files.pucp.education/puntoedu/wp-content/uploads/2026/04/10120033/Antivoto-Peru-politica-PuntoEdu-PUCP-PP5-scaled.webp>